

Dossier

Entre Asia, América y Europa: ¿Los misioneros cristianos como intelectuales interculturales?

“Las misiones más trabajosas, y difíciles, que tiene la universal Compañía’. Dificultades de la labor misional de la Compañía de Jesús en Filipinas (1581-1768)”

Recibido: 28 de abril de 2016

Aceptado: 15 de mayo de 2016

Eduardo Descalzo Yuste

Universidad Nacional de Educación a Distancia, España

edescalzo.yuste@gmail.com

Resumen: El presente artículo pretende analizar las dificultades a las que se enfrentaron los misioneros de la Compañía de Jesús en las islas Filipinas durante la Edad Moderna. Para ello, se presentan testimonios de primera mano, que nos ofrecen una perspectiva directa y única de cómo vivieron estos hombres duras situaciones de escasez de efectivos, aislamiento, clima extremo, peligros de muerte, etc.

Palabras clave:

Compañía de Jesús; misiones; islas Filipinas; jesuitas; dificultades

“More laborious missions, and difficult, which is the universal Company’. Difficulties of the missionary work of the Company of Jesus in Philippines (1581-1768)”

Abstract:

This article analyses the difficulties that the missionaries of the Society of Jesus had to confront in the Philippine Islands throughout Early Modern history. To do so, we reproduce first hand testimonies that offer a direct and unique perspective of how



these men lived hard situations of shortage of men, isolation, extreme climate, mortal danger, etc.

2

Keywords:

Society of Jesus; missions; Philippine Islands; Jesuits; difficulties

1.- Introducción

A primera vista, la labor misionera de la Compañía de Jesús en las Filipinas no se puede considerar como una de las más duras de las que tuvieron que afrontar los jesuitas en las Indias. No hubo un número muy elevado de martirios, ni siquiera contando los que se padecieron durante los inicios de la evangelización de las islas Marianas, en la segunda mitad del siglo XVII, que ascendieron a casi una decena de jesuitas y algunos auxiliares laicos durante las llamadas guerras chamorras (1668-1698).¹ En el volumen VI de los *Varones Ilustres de la Compañía de Jesús*, auténtica enciclopedia de la santidad jesuita, publicada por los padres Juan Eusebio Nieremberg y Alonso de Andrade entre 1643 y 1647 en Madrid, apenas se consignan trece casos de mártires jesuitas en Filipinas hasta ese momento, de un total de 317.²

Por otro lado, las crónicas oficiales dieron una imagen muy favorable de la tarea misional de los miembros de la Compañía en Filipinas. Los indígenas filipinos no fueron vistos de forma tan negativa como la mayoría de los americanos, y de ellos jamás se destacó su agresividad, excepto en el caso de los musulmanes de la zona de Mindanao y sus aliados, como los joloanos o los camucones. Sin embargo, pese a estas circunstancias, lo cierto es que la vida diaria de los misioneros fue descrita en numerosas ocasiones por ellos mismos como muy dura, llena de dificultades e incomodidades de todo tipo, tanto materiales como espirituales.

¹ Alexandre Coello de la Rosa, “Colonialismo y santidad en las islas Marianas: los soldados de Gedeón (1676-1696)”, *Hispania*, LXX/234, 2010, pp. 17-44 y “Colonialismo y santidad en las islas Marianas: la sangre de los mártires (1668-1676)”, *Hispania Sacra*, 62/128, 2011, pp. 707-745.

² De estos 317 casos de martirio, los padecidos en el continente asiático (117) superaban ligeramente los habidos en el Nuevo Mundo (108), Europa (76) y África (16), suponiendo el 36,91% del total. Así pues, los trece casos de jesuitas muertos en Filipinas apenas representaban en 11% de este total asiático. Alonso de Andrade, *Varones Ilustres en Santidad, Letras y Zelo de las almas de la Compañía de Jesús*, Madrid, Taller de José Fernández Buendía, Vol. VI, 1667, pp. 722-754.



2.- “Pocos pero buenos”. Escasez de sujetos y virtud extraordinaria

3

Una de las grandes dificultades que tuvo que afrontar la provincia jesuita de Filipinas fue la falta de sujetos, que se convirtió en un problema endémico. En las comunicaciones personales de los padres con los generales de la orden, la cuestión de la escasez de efectivos fue recurrente a lo largo de los casi dos siglos de permanencia de la Compañía en el archipiélago. Durante los primeros años no hubo grandes necesidades de misioneros, habida cuenta del poco trabajo que se llevaba a cabo entre los indígenas. Sin embargo, a partir de 1595, cuando se produjo el establecimiento de la viceprovincia y la división de las Filipinas en zonas misionales asignadas a las diferentes órdenes religiosas, la expansión misionera provocó una necesidad cada vez mayor de sujetos.³ Desde entonces y hasta 1599, el viceprovincial Raymundo de Prado impulsó un sistema de misiones caracterizado por una gran dispersión. La escasez de misioneros en una organización de este tipo provocaba que aquéllos vivieran y trabajaran muy aislados, lo que les impedía llevar una vida en comunidad siguiendo el instituto de la Compañía, lo que provocó no pocas quejas y críticas por parte de los propios jesuitas filipinos.

El hecho de no poder vivir en comunidad provocaba una situación difícil para los misioneros. La soledad que imponía su aislamiento podía llevar a graves tentaciones que, de no ser rechazadas, podían tener consecuencias nefastas. En 1597, el padre Francisco de Vera ya alertaba de estos peligros, que habían obligado a expulsar de la Compañía a un hermano coadjutor:

“Sólo temo que por la falta de sujetos que ay faltamos en una cosa esencial, y es quedar los padres solos, porque no quedan en muchas partes sino dos, y que uno va fuera del pueblo (que es muy de ordinario) va solo, y lo queda su compañero. Esto tiene muchos inconvenientes, y más en esta tierra, porque aunque es verdad que los padres tienen mucha virtud, pero no probada, y nos podría suceder alguna cosa que nos lastimase,

³ Lucio Gutiérrez, *Historia de la Iglesia en Filipinas (1565-1900)*, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 70-72.



como ya ha sucedido en un hermano coadjutor, Francisco de Dueñas, que ha sido necesario hecharle de la Compañía”.⁴

4

Al año siguiente, el padre Pedro Chirino, el primer jesuita en salir de Manila en misión en 1590, hacía gala de su experiencia en estas lides y alertaba al general Acquaviva de los peligros de la soledad en los puestos misionales: las distracciones eran numerosas, y la soledad podía llevar al olvido de las propias obligaciones, llegando a confundir al misionero hasta el punto de ejercer como párroco secular, lo que iba en contra del espíritu de la Compañía. Por ello, Chirino abogaba decididamente por que los misioneros tuvieran compañía, ya que así se podían evitar numerosos inconvenientes:

“Soy el primero de la Compañía que en estas Filipinas a dotrinado los Indios, aunque como en todo con muchas imperfecciones i culpas; i de los que aora estamos ninguno a gastado en esto tanto tiempo, i assí tengo experiencia de los peligros, i desconuelos, i libertades, i remisión, i tibieza que en estas soledades hazen la guerra; i siempre he clamado por compañía a todos mis superiores de acá i de allá, i siempre me e hallado como el pece fuera del agua. No porque por la gran misericordia de Dios me falte zelo de las almas, ni porque tenga espíritu de cartuxo o capuchino, que bien tengo probada mi intención en esta parte acá i en Europa, sino porque temía siempre los daños desta soledad i libertad tan de propósito, i de assiento. En las misiones Padre nuestro el mismo ser *ad tempus* i de passo entretiene el ánimo en su vigor. Mas estas soledades de assiento no sé cómo le relaxan i enflaquecen, i quando no me cato, en lugar del encogimiento i espíritu de la Compañía me hallo con una libertad i resabios de clérigo seglar i cura de Indios; i no reparando en el menoscabo de mi espíritu, pido gratificación por el trabajo exterior de cultivarlos”.⁵

Las peticiones de un mayor número de hombres para trabajar en las misiones fueron continuas, pero con el tiempo variaron ligeramente. Con el paso de los años y el establecimiento de la provincia a partir de 1605-1606, la presencia jesuita en las

⁴ Francisco de Vera a Claudio Acquaviva, Manila, 26 de junio de 1597, ARSI, Philipp. 9, f. 324r.

⁵ Pedro Chirino a Claudio Acquaviva, Cebú, 5 de junio de 1599, ARSI, Philipp. 9, ff. 354r-354v y Philipp. 14, ff. 18r-18v.



islas se fue consolidando y, pese a que el número de efectivos nunca fue óptimo, al menos era suficiente. Así pues, las peticiones al General fueron pasando de pedir una cantidad mayor de misioneros a pedirlos de mayor calidad. Durante los primeros años, lo importante era expandirse por las islas que le habían tocado en suerte a la Compañía en el reparto de 1595, por lo que era necesario un aumento considerable de los efectivos disponibles, cosa que se cumplió con las expediciones de 1595, 1596 y 1599. Incluso con la reestructuración llevada a cabo por el visitador Diego García en 1600, el viceprovincial Raymundo de Prado había abogado encarecidamente por mantener el mayor número posible de misiones, por temor a que si se abandonaban entonces no se podrían recuperar en un futuro, pues el resto de órdenes le comerían el terreno a la Compañía. Sin embargo, una vez consolidada la red de residencias y misiones y comprobados los inconvenientes que la soledad de los misioneros les podía acarrear, lo importante era que los misioneros enviados a Filipinas fueran virtuosos. No obstante todo lo dicho, el padre Antonio Sedeño ya había hecho una petición de este tipo en 1582, aunque alegaba para ello que en Filipinas era muy fácil descuidar las obligaciones debido a la facilidad de la vida allí: “pues si los que vinieron y estuvieren aquí no son de mucha oración y mortificación ya ve V.P. en qué pararán estando tan apartados de general y provincial y collegios de número de gente adonde con rigor se guarda nuestro instituto y tan muertos los ejercicios de la Compañía, los que vinieren sean buenos aunque sean pocos”.⁶ Sin embargo, la petición de Sedeño acabó quedando en el olvido durante los primeros años debido a la peculiar situación de retiro que vivió la comunidad hasta 1587:

Con el paso de los años la necesidad de una sólida virtud en los misioneros que fueran a las Filipinas se empezó a justificar por las razones contrarias a las esgrimidas por el padre Sedeño. Se consideraba que en el archipiélago se daban unas circunstancias difíciles que representaban un peligro para la integridad moral de los misioneros. Apenas un mes después de llegado a Manila para llevar a cabo la visita de la viceprovincia, el padre Diego García fue muy consciente de estas dificultades, y advirtió a Acquaviva sobre este particular. En consecuencia, pedía que los misioneros enviados fueran preferiblemente de sólida virtud antes que

⁶ Antonio Sedeño a Claudio Acquaviva, Manila, 12 de junio de 1582, ARSI, Philipp. 9, ff. 5v-6r.



hábiles o letrados, y se decantaba especialmente por los provenientes de los territorios italianos:

6

“Son más y mayores las ocasiones y la tierra más aparejada para relaxación de quantas yo e visto, converná mucho que V.P. encargue al P. Provincial que aunque no sean muy hábiles ni muy letrados los sujetos sean enpero de mucha virtud y no de los que en la provincia dan en que entender, y lo mismo digo de los que uviessen de venir de España, y persuádome que para estas partes serían a propósito para el trato de indios algunos sujetos de sólida virtud de esas de Italia”.⁷

Una vez acabada la visita un año después, el padre García incidía nuevamente en la cuestión de los peligros espirituales que acechaban a los misioneros, aunque esperaba que con la nueva organización de las misiones se mitigaran, al menos en parte. Esta vez, abogaba por individuos de virtud probada para evitar que pudieran manchar el buen nombre de la Compañía. Por otro lado, el visitador desaconsejaba la política de dejar a los menos virtuosos en el Colegio de Manila, ya que entre ellos podían potenciar sus faltas. Además, podían ser un mal ejemplo para los novicios que allí estudiaban, por lo que en la casa madre de Filipinas debían estar algunos de los mejores que aportaran ejemplaridad:

“Si los que andan entre indios no son muy Religiosos (que no basta medianía en esta tierra) nos han sin duda ninguna de manchar, en Manila bastan siete u ocho Religiosos obreros para españoles y indios y si estos han de ser de deshecho lo tengo aún por mayor inconveniente porque de más de que muchos imperfectos juntos no hazen buena liga entre sí ni con los próximos de provecho de monta estando como está aquí la probación podrían ser de mucho daño y siendo esto la cabecera del Reyno y la corte de acá se ha de poner aquí gente escogida y de partes en virtud y letras para no perder lo ganado”.⁸

En esta misma línea, el padre Raymundo de Prado se quejaba en 1603 del peligro que representaban para la Compañía los individuos de escasa virtud. El

⁷ Diego García a Claudio Acquaviva, Manila, 10 de julio de 1599, ARSI, Philipp. 9, f. 372r.

⁸ Diego García a Claudio Acquaviva, Manila, 8 de junio de 1600, ARSI, Philipp. 10, ff. 9v-10r.



7

sistema de misiones llevaba aparejados algunos problemas a los que ya nos hemos referido, especialmente la soledad. Pero ésta no afectaba sólo a los padres, sino que los hermanos coadjutores se encontraban también en grave peligro: los misioneros a los que acompañaban estaban continuamente ocupados, tanto en las cabeceras como recorriendo los pueblos de indios, por lo que ellos pasaban mucho tiempo solos, lo que aumentaba el riesgo de caídas en faltas y tentaciones si no se contaba con una sólida virtud:

“Están en esta provincia muchos hermanos coadjutores compañeros de padres en misiones y en estancias los quales no son de tanta virtud sino de muy poca algunos. Corren cierto estos hermanos por acá grandísimo riesgo porque no tienen qué hazer y están solos, [...] con un padre que se está todo el día confesando, si el hermano no tiene la virtud que sepa ocuparse y se dé a ocasión cierto es perdido. Y assí se an perdido este año y cada año son tantos, que es lástima y pierde la Compañía mucho...”⁹

En 1605-1606, la viceprovincia de Filipinas fue ascendida a provincia independiente, desligándose así de la de Nueva España. Esta petición venía de largo por parte de algunos padres. Se consideraba que al ser independientes se podría disponer de más y mejores misioneros, ya que no deberían pasar por el filtro de los provinciales mexicanos, por lo que llegarían directamente desde Europa. Justo antes de recibir la comunicación de esta circunstancia, el padre Gregorio López, que precisamente sería nombrado primer provincial de Filipinas, escribía al General expresando su parecer sobre la necesidad de sujetos que tenían los jesuitas en el archipiélago. Según declaraba, al principio llegaban “obreros hechos y escogidos para tan gloriosa misión”. Sin embargo, en los años precedentes se había reclamado el envío de algunos estudiantes, ya que se habían iniciado las clases en el noviciado y seminario, y algunos habían llegado demasiado verdes (“abran de empezar por *musa musae*”). Así pues, el padre López recordaba en su misiva que los misioneros que se enviaran debían ser ya “gente hecha”, preparados para ocupar cargos de responsabilidad en la organización interna de la Compañía en Filipinas desde un primer momento: “algunos señalados que puedan ser maestros

⁹ Raymundo de Prado a Claudio Acquaviva, Manila, 30 de junio de 1603, ARSI, Philipp. 10, f. 117r.



de novicios, lectores de theología y superiores muy a satisfacción de V.P. aunque también espero que de lo que se cría se hallará algo de que echar mano por acá y que traerá algunos tales el padre Pedro Chirino, que puedan empeçar a ayudarnos”.¹⁰ Dos años después, siendo ya provincial, Gregorio López volvió a escribir a Roma describiendo cuáles eran las necesidades de la provincia en cuanto a hombres, que no se encontraban en el archipiélago: varones apostólicos por encima de todo. Según él, debían ser jesuitas de reconocida virtud, que no ofrecieran dudas de su integridad y que no hubieran demostrado anteriormente ninguna debilidad. Aun así, se podía dar el caso que aun siendo escogidos el largo viaje a Filipinas y la dura vida allí los debilitara, pero de eso ya deberían encargarse los superiores de la misión en el archipiélago:

“[Esta Provincia de Filipinas] Pide varones Apostólicos. Acá tiene muy poco recibo, anle de venir de Europa o echos ya, muy desechos de sí y de pretensiones, o de muy conozida virtud y prendas, de salir tales que puedan ayudar i llevar adelante esta obra del Señor. Algunos han venido escogidos, pero la venida de otros a lastimado. Muy satisfechos estamos todos del amor parternal de V.P. con acción de gracias y también es de creer que los Provinciales no se descartarán del que conocidamente es desecho, pero no basta, sino les consta que es de fiar para tan largo viaje y empresa tan gloriosa, especialmente si ya se trasluze o barrunta el riesgo de faltar y desedificar, y aunque acontecerá algunas vezes que de allá salgan buenos, y tenidos por escogidos, y que por los caminos y acá se desquicien, siendo nuestra la culpa de guardar, velar y promover tanto como conviene”.¹¹

Como acabamos de comentar, el establecimiento de la provincia independiente de Filipinas debía ayudar a mejorar el flujo de sujetos desde Europa, ya que el provincial de Nueva España perdía la capacidad de retener allí a los que le interesaran y enviar a los que no. Por otro lado, el seminario debía proveer de sujetos jóvenes formados en el propio archipiélago. Sin embargo, la solución no debió ser tan fácil, ya que años después, en 1639, el padre Fernando de Estrada escribía al asistente de España, Diego de Sosa, pidiéndole refuerzos e insistiendo

¹⁰ Gregorio López a Claudio Acquaviva, Manila, 1 de julio de 1606, ARSI, Philipp. 10, f. 222v y Philipp. 14, f. 37v.

¹¹ Gregorio López a Claudio Acquaviva, Manila, 3 de julio de 1608, ARSI, Philipp. 10, f. 261r.



9

en que debían ser sacerdotes jóvenes, ya que con el clima se sufría mucho y las fuerzas se veían mermadas rápidamente. Pese a esta petición tan concreta, no despreciaba el envío de algún veterano que pudiera aportar su experiencia en puestos de responsabilidad: “Se acuerde de embiar buenos sujetos virtuosos y de salud y fuerzas y lo más que se pueda sacerdotes no viejos, porque por acá se padece en este caluroso temple y destemplado temperamento [...] no por eso digo que no venga algún gran sujeto que pueda ser Provincial y gobernar...”.¹²

Ya en el siglo XVIII, el cronista Pedro Murillo Velarde describió las dificultades que los misioneros jesuitas afrontaban en Filipinas, y llegó a calificar las misiones del archipiélago como “las más trabajosas, y difíciles, que tiene la universal Compañía”. Además de las duras condiciones naturales y climáticas, que representaban un peligro real para la integridad física de los misioneros, se daban una serie de circunstancias que resultaban peligrosas para la salud de su alma, por lo que debían ser individuos de sólida virtud para superar estas pruebas. El clima y otros factores autóctonos afectaban a la moral de los misioneros, que debían luchar con todas sus fuerzas para vencer la batalla contra las tentaciones que amenazaban con acabar con su paciencia, su obediencia y su fervor religioso y misionero. Sin embargo, no estaban solos en esta contienda, pues según el cronista, Dios ayudaba a sus misioneros:

“Aún mayores son las fatigas del alma, en los motivos frecuentes, que inquietan la paciencia. La tibieza congenial al Pays, pretende desmoronar el muro de la pobreza, debilitar la obediencia, y resfriar el ardor del espíritu más ferviente, y observante. La sangre misma, que nos alienta, y vivifica concita sediciosa las pasiones contra su mismo dueño, y auxiliada del maligno ambiente del Pays, de la suma soledad, y del común enemigo haze guerra cruel, dura, sangrienta, y tan tenaz, que no cede hasta el último aliento de la vida. Pero Dios fidelísimo, que librò à Daniel de los Leones, y à los mancebos del fuego de Babylonia, saca indemnes, libres, y victoriosos à sus Ministros de las llamas, de los dragones, de las sierpes, y de los

¹² Fernando de Estrada a Diego de Sosa, Asistente de España, Marinduque, 31 de junio de 1639, Philipp. 11, f. 221r.



basiliscos. No ay que temer, que buena causa hazemos, y buen Dios nos gobierna”.¹³

10

Heroica virtud había que tener también para soportar la soledad a la que se enfrentaban los misioneros. Según Murillo Velarde, se encontraban aislados del mundo, debido en primer lugar a la propia situación geográfica del archipiélago. Además, pocos españoles pasaban por las zonas que evangelizaban los jesuitas, y si lo hacían en general no eran gente de fiar. Por otro lado, los indios, objeto principal del trabajo misional, no residían permanentemente en los pueblos y pasaban la mayor parte del tiempo fuera, excepto el domingo que acudían a misa, y a menudo causaban más problemas que alivio al misionero:

“La soledad es notable, estamos en este mundo, que sobre ser valle de lágrimas, para nosotros es como Limbo separado por millares de leguas del resto del mundo, rarísima vez comunica el Misionero, con quien pueda tener algún desahogo, alivio, y consuelo. Pocos Españoles atraviesan por aquellos páramos, y suelen ser de tal calidad los que pasan, que sólo el saber que andan por la tierra causa pesadumbre, cuidado, y vigilancia al Ministro. Los Indios están toda la semana en el mar, en el monte, ò en la sementera, se juntan el Domingo en el Pueblo, y en lo natural para poco alivio del Misionero: antes se le aumentan los quebraderos de cabeza”.¹⁴

Este aislamiento llevaba a menudo a un decaimiento del ánimo de los misioneros, que sufrían lo que se conocía como “melancolía”, que no era sino depresión. Para combatirla, había que tener una gran presencia de ánimo, aunque la ayuda divina tampoco era mal recibida: “Y es casi regional de estos Payses, un género de melancolía profunda, que como rayz infecta desazona, y amarga todas las acciones. Tal vez perturba la mente, y aun causa tedio la misma vida. Con tenacidad oprime el ánimo, que necesita de gran valor, y socorro de lo alto, para no desmayar en el Ministerio. Efecto todo de la soledad”.¹⁵

¹³ Pedro Murillo Velarde, *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús. Segunda Parte, 1616-1716*, Manila, Imprenta de la Compañía de Jesús, Nicolás de la Cruz Bagay, 1749, n. 386.

¹⁴ *Ibíd.*, n. 387.

¹⁵ *Ibíd.*



2.1. Filipinas, destierro en el confín del mundo

11

Pese a las continuas peticiones de sujetos jóvenes, de probada virtud y buena salud, lo cierto es que algunos de los misioneros que fueron enviados a las Filipinas no cumplieron en absoluto las expectativas. Las crónicas no nos hablan apenas de los despedidos, y si lo hacen cumplen una función moralizante, por lo que al final sirven para reforzar la imagen de la Compañía.¹⁶ Sin embargo, las cartas personales nos permiten, una vez más, penetrar en la realidad cotidiana de los misioneros en el archipiélago. En este caso, podemos sacar a la luz una realidad silenciada, y es el hecho de que muchos misioneros tuvieron la impresión que las Filipinas eran el confín del mundo no sólo en un sentido geográfico. En 1594, los padres Antonio Sedeño, Raymundo de Prado y Francisco Almerique escribieron una carta conjunta al general Claudio Acquaviva donde expresaban su opinión sobre una hipotética unión de las Molucas y Filipinas en una única provincia jesuita. En ella dejaban claro cuál era la pésima opinión que se tenía de ambos territorios, cuando decían que “esto de aquí [Filipinas] se tenía por un desterradero de la provincia de México y aquello de Maluco por otro tal de la India”.¹⁷ A partir de entonces, fueron varios los testimonios que ofrecieron esta visión de las Filipinas como un lugar de destierro de los jesuitas molestos, no sólo en Nueva España sino incluso en Europa. La idea de que allí se enviaba a personajes raros, curiosos, heterodoxos o directamente indeseables, recorrió los casi dos siglos de presencia de la Compañía en el archipiélago, y a lo largo de los años fue surgiendo algún misionero que rescataba esta cuestión. Así, en 1597, el padre Juan de Ribera escribía al General para plantearle la independencia de Filipinas respecto a la provincia de Nueva España. Según él, una de las razones principales para llevar a cabo esta separación era que en México los provinciales retenían las expediciones de jesuitas que iban destinados al archipiélago y se quedaban con los individuos que consideraban oportuno, mientras el resto seguía su camino. No siempre se sustituía a los retenidos, y si se

¹⁶ Doris Moreno, “Obediencias negociadas y desobediencias silenciadas en la Compañía de Jesús en España, ss. XVI-XVII”, *Hispania*, 74/248, 2014 (Ejemplar dedicado a: *De reacciones, de tolerancias, de resistencias y de polémicas. Las “grietas” de la Contrarreforma y los límites de disciplinamiento social*), pp. 661-686.

¹⁷ Antonio Sedeño, Raymundo de Prado y Francisco Almerique a Claudio Acquaviva, Manila, 25 de junio de 1594, ARSI, Philipp. 9, f. 295v.



hacia muchas veces era por aquellos a los que se descartaba de la propia provincia: “han embiado a alguno que allá [en México] no se podía sufrir”.¹⁸ No fue la única ocasión en que el padre Ribera expresó estas ideas. En 1601, en una nueva carta en la que volvía a dar razones para separar Filipinas de Nueva España, una de las que aducía era para evitar que se intercambiaran los hombres enviados. Además, introducía un elemento muy interesante, al declarar que algunos eran enviados al archipiélago con la esperanza de que un cambio de clima les vendría bien para su carácter, cosa que le producía cierto escepticismo: “el podernos trocar los sugetos, o descartarse embiando otros que no son tan a propósito con color y buen zelo de que mudando clima serán mejores”.¹⁹

Recién llegado a Filipinas en 1599, el padre Diego García recordaba al General una carta escrita desde México un año antes, en la que ya le había advertido sobre lo difícil que les resultaba a los superiores de Nueva España enviar sujetos a Filipinas, y hacía una curiosa observación (no sería el único) sobre el hecho de que los jesuitas mexicanos no reconocían la misión del archipiélago como algo propio. Esto no deja de ser llamativo, teniendo en cuenta desde dónde habían partido los pioneros Antonio Sedeño y Alonso Sánchez en 1581. Por último, le recordaba a Acquaviva que había que asegurarse de enviar individuos virtuosos para evitar el descrédito de la Compañía:

“En las que el año pasado escreví a V.P. de México dixe la dificultad grande que tienen en dar sujetos y como sobre este caso hablan algunos pesadamente, y realmente no miran esto como miembro de aquella provincia sino como cosa muy separada, y assí vi por experiencia en mi partida que me davan sujetos que a no conocerlos yo bien a todos fueran acá muy cargosos, porque allá lo son, y en los pocos días que a que llegué veo que por acá es necessaria gente de virtud no ordinaria sino muy sólida para no perder el buen nombre y crédito que la Compañía a ganado por medio de los siervos de Dios que nos an precedido”.²⁰

¹⁸ Juan de Ribera a Claudio Acquaviva, Manila, 21 de junio de 1597, ARSI, Philipp. 9, f. 309v.

¹⁹ Juan de Ribera a Claudio Acquaviva, Manila, 5 de julio de 1601, ARSI, Philipp. 10, f. 81v.

²⁰ Diego García a Claudio Acquaviva, Manila, 10 de julio de 1599, ARSI, Philipp. 9, f. 372r.



No fue ésta la última vez que el padre García se refirió a la cuestión de los envíos de misioneros desde Nueva España. Un año después, en su informe final sobre la visita a la viceprovincia, recuperaba una de las ideas del padre Juan de Ribera, cuando consideraba que en ocasiones se habían enviado desde México a Filipinas individuos problemáticos pensando que un cambio de escenario les enderezaría. Sin embargo, consideraba el visitador que, con las condiciones existentes en el archipiélago, el efecto sería el contrario excepto en muy contadas ocasiones: “mejor es a mi ver que se haga menos siendo pocos que no embiar gente (como creo que se ha hecho a vezes en la Nueva España) imperfecta pensando que con la mudanza se mejoraría y aunque en algún caso podrá acontecer pero no en esta Provincia donde con las ocasiones es lo más cierto que se volverá lo contrario”.²¹ Las quejas sobre la poca disposición de los provinciales a enviar misioneros a Filipinas no se circunscribió sólo a Nueva España. En 1611, el padre Nicasio Bravo de Lara se quejaba que incluso desde Castilla se limitaban a enviar a los menos dotados de talento y vocación, quedándose para ellos de forma egoísta a los mejores sujetos: “Los padres de Castilla mirando en primer lugar su necesidad quando an de dar sujetos para indias dan los de menos talentos y a veces los de más tibia vocación, de aquí sale que llegan acá tibios, sin talentos”.²²

En 1603, el futuro provincial Gregorio López incidió breve pero concisamente en una cuestión muy relacionada con la idea del destierro. En 1602, Pedro Chirino había sido enviado a Europa como procurador de la viceprovincia. El padre López pedía al General que se le facilitara el regreso a las Filipinas, ya que esto ayudaría a contrarrestar en parte la idea que había de que todo aquel que conseguía salir del archipiélago no quería volver: “También confío ha de ayudar V.P. al buen intento del padre Pedro Chirino haciendo que no se le impida la buelta a estas Philipinas con lo qual cesará la nota que ay de que los que hasta aquí han ydo, no han apetecido la buelta...”.²³ En esta ocasión, el padre Chirino regresó a Filipinas en 1606 y siguió trabajando intensamente hasta su muerte en 1635.

²¹ Diego García a Claudio Acquaviva, Manila, 8 de junio de 1600, ARSI, Philipp. 10, ff. 9v-10r.

²² Nicasio Bravo de Lara a Claudio Acquaviva, Manila, 19 de julio de 1611, ARSI, Philipp. 11, f. 12r.

²³ Gregorio López a Claudio Acquaviva, Manila, 3 de julio de 1603, ARSI, Philipp. 10, f. 122r.



A lo largo del siglo XVII fueron llegando expediciones de misioneros bastante abundantes, y las quejas disminuyeron. Sin embargo, en 1687 el procurador de la provincia Luis de Morales entregó en Roma los postulados de la congregación provincial de 1681, donde se quejaba amargamente de que la situación a la que nos hemos estado refiriendo seguía produciéndose, y acusaba directamente a los provinciales y superiores de las provincias europeas de enviar a Indias a los jesuitas menos válidos: “[...] poniendo impedimentos a los que Dios llama con el pretexto frívolo de la necesidad de sugetos, que tiene las provincias de España. y si finalmente conceden algunos, suelen por la mayor parte ser Novizios, Seminaristas, y no pocas vezes díscolos e inútiles, para descartase de ellos dando a Dios el desecho y los peores al Santo Ministerio de las Misiones”.²⁴

Así pues, como hemos podido observar, las quejas sobre la situación de escasez de efectivos que se vivía en Filipinas fue continua. Sin embargo, lo grave de esta circunstancia no era el hecho de la escasa cantidad de misioneros con los que podía contar la Compañía en el archipiélago, sino la falta de colaboración por parte de las provincias europeas y la de Nueva España. Amparados muchas veces en la propia escasez de individuos en el Viejo Continente, los provinciales escatimaban en la cantidad de hombres que enviaban a las misiones, y en muchas ocasiones mandaban a los que no querían tener en sus colegios. Así pues, la imagen que muchos tenían de Filipinas como un lugar de destierro fue muchas veces acertada, ya que allí fueron enviados personajes heterodoxos muy variopintos que, en muchas ocasiones, acabaron expulsados o causando problemas en el seno de la Compañía en el archipiélago. Sin embargo, no eran sólo los compañeros de estos heterodoxos los que sufrían su presencia. Los propios protagonistas tenían sus problemas, y así se lo hacían llegar a sus superiores, o directamente al General. En muchas ocasiones, lo único que querían era volver a sus provincias de origen, de donde habían salido casi siempre en contra de su voluntad. En 1612, el padre Pedro de Segura escribía a Claudio Acquaviva pidiéndole encarecidamente que le permitiera regresar a Nueva España, desde donde había partido sujeto por el voto de

²⁴ *Postulados que dio el Padre Luis de Morales, Procurador de la Provincia*, 1687, ARSI, Philipp. 12, f. 106r.



obediencia. Sin embargo, apenas un año después de estar en Filipinas ya quería regresar, pues se encontraba “apurado” y temía su condenación en las islas:

“Al fin del año de seiscientos y diez llegó a Nueva España un orden apretado de V.P para que luego en la 1ª embarcación para estas islas con dos compañeros me embarcase y como a V.P. escribí luego aunque con total repugnancia por sólo obedecer me dispuse a ello y proseguí acudiendo muy de veras al gusto de V.P. Llegué el año pasado a estas islas y en ellas he acudido a todo lo que se me ha mandado. Yo salí como significué en la que escribí a V.P. con gran repugnancia y he estado sin aver propuesto a V.P. todo este año que me hallo tan apurado qual no pensé jamás y me veo tan necessitado de pedir a V.P. me alçe la obediencia de estar en estas islas y me dé licencia para volverme a mi provincia que casi con evidencia moral veo mi condenación en estas islas y assí por las entrañas de Jesucristo pido a V.P. se apiade de mí y con la benignidad que acostumbra remedie mi alma que está necessitadíssima de el amparo de V.P.”.²⁵

Ese mismo año hubo ciertos problemas con el hermano Gaspar Gómez, todo un veterano de la misión de Filipinas. Según el padre Valerio de Ledesma, desde hacía algún tiempo se mostraba inquieto y deseoso de regresar a Nueva España, de donde había partido en 1584, aunque al parecer se estaba sosegando tras una conversación con el provincial Gregorio López: “El H. Gaspar Gómez aunque este año ha procedido más quietamente, todavía [...] ha tratado de volver a Nueva España, pero ya parece se ha vuelto a sosegar convencido del padre Provincial en una junta [...]. Nuestro señor le dé quietud”.²⁶ Pese a esta opinión y este deseo de quietud, lo cierto es que el hermano Gómez no la tuvo, ni Dios se la dio. Menos de un mes después de esta misiva, el propio afectado escribió al General pidiendo desesperadamente que se le permitiera volver a México, alegando que en una comunicación anterior había recibido la promesa de poder regresar, tal y como supuestamente se lo había concedido anteriormente: “En lugar de recibir este consuelo [volverse a Nueva España a descansar], me veo aquí afligido y desconsolado y confieso mi poca virtud que como miserable y flaco ya no puedo

²⁵ Pedro de Segura a Claudio Acquaviva, Manila, 18 de junio de 1612, ARSI, Philipp. 11, f. 34r.

²⁶ Valerio de Ledesma a Claudio Acquaviva, Manila, 20 de junio de 1612, ARSI, Philipp. 11, f. 35v.



más y ando con poca salud y padesco en el espíritu lo que sólo dios sabe y no lo oso decir y así pido a nuestro padre quanto encaresçidamente puedo que por amor de dios nuestro señor me conçeda lo que he dicho que con tanta caridad me concedió para mi consuelo...”.²⁷ Al día siguiente, el padre Gregorio López insistía en la misma cuestión, y tenía una visión similar a la del padre Ledesma, pues consideraba que el hermano se había calmado y ya no insistía tanto en su vuelta a México: “El Hermano Gaspar Gómez está más quieto; [...] últimamente han importado mucho las cartas de V.P. en razón de que se esté quedo, que a veces repetía con importunidad, que era voluntad de V.P. su vuelta a México”.²⁸ Así pues, la percepción de los padres Ledesma y López respecto al pensamiento de Gaspar Gómez distaba mucho del sentimiento verdadero de éste. Es muy posible que, ante la negativa de sus superiores, el hermano optara por tener una actitud menos combativa sobre el terreno para, en privado, apelar directamente al General.

Un caso muy similar fue el de Francisco Gutiérrez. En 1608 y 1611 aparece en los catálogos de la provincia de Filipinas como hermano, y a partir de 1614 ya como sacerdote. Según se desprende de un par de cartas conservadas, sus inicios en el archipiélago debieron ser duros, tal y como informaba el provincial Gregorio López en 1612. Al parecer había tenido problemas años atrás, pero se habían solucionado: “Años ha que se acabó con la gracia de nuestro señor aquella turbación del H. Francisco Guttiérrez y después acá como yo lo esperava y escreví a V.P. se ha mejorado notablemente, es muy cuerdo y de buena parte ya sacerdote, y con muestras de buen caudal para gobierno. Procúrase yrle perficionando, para que pueda servir mucho al Señor en esta su santa Compañía”.²⁹ En este caso, a diferencia de lo que ocurría con el hermano Gaspar Gómez, la percepción del provincial era correcta, ya que el propio padre Gutiérrez escribió a Roma informando de cómo sus dudas acerca de permanecer en Filipinas se habían disipado:

“Una de V.P. recibí de 29 de Marzo de 1611 en respuesta de otra que avía escrito a V.P. pidiéndole mi buelta a España, y en esta me remite V.P. al padre provincial diciendo que su reverencia me declarará la voluntad de

²⁷ Gaspar Gómez a Claudio Acquaviva, Manila, 15 de julio de 1612, ARSI, Philipp. 11, f. 39.

²⁸ Gregorio López a Claudio Acquaviva, Manila, 16 de julio de 1612, ARSI, Philipp. 11, ff. 42v-43r.

²⁹ *Ibíd.*, ff. 42v.



V.P. y juntamente me remitte V.P. a otra que me escribió el marzo de 1610, la qual recibí, y conocí bastantemente por ella la voluntad de V.P. y la de nuestro señor por ella interpretada, y assí me basta para no tratar más en toda mi vida deste particular y en conformidad de esto escriví a V.P. el año pasado de 1611 juntamente esto y agradecidísio a V.P., y agradezco a V.P. con todo mi ánimo el averme sufrido, y no averse cansado de mis importunaciones, y apreturas, de que an sido causa las angustias y travajuelos, de que ya e dado en otras quenta a V.P. y de mi falta de virtud para saverlos llevar, pero gracias a nuestro Señor todo se a ydo aclarando, y el Señor me a ayudado, y ayuda con su misericordia, certifico a V.P. que estoy con ánimo para llevar qualquier trabajo y yr y volver a qualquiera parte de el mundo que V.P. me mandare, y assú por mi parte yo ceso de pedir a V.P. mi buelta a España pues si no es en caso de que V.P. me lo mandasse juzgando convenir assí para mayor gloria de Nuestro Señor no bolvería en ninguna manera a España”.³⁰

La existencia de todos estos testimonios nos demuestra que la realidad de la misión en Filipinas no era tan idílica como las crónicas oficiales pretendían mostrar. Al parecer, la idea del archipiélago como un destierro no estaba tan lejos de la realidad, ya que fueron muchos los que acabaron siendo despedidos (aunque apenas quede constancia de ellos) y muchos otros los que vivieron largo tiempo descontentos con el destino que les había tocado. Sin embargo, la disidencia y el descontento con el destino que la obediencia asignaba no estaban bien vistos en el seno de la Compañía.³¹ Tanto es así, que las propias crónicas oficiales de Filipinas, destinadas tanto a un público amplio como a la circulación en el interior del propio Instituto ignaciano, advertían de los peligros que podía acarrear el no estar de acuerdo con el lugar asignado a cada uno. En este sentido, es muy ilustrativo el relato que Pedro Chirino incluyó en su *Historia*. El autor explicaba el caso del padre

³⁰ Francisco Gutiérrez a Claudio Acquaviva, Manila, 18 de julio de 1612, ARSI, Philipp. 11, f. 45r. Las dudas de juventud del padre Francisco Gutiérrez acabaron pasando del todo y se convirtió en un miembro destacado de la provincia. En 1621 consiguió su objetivo de regresar a Europa, aunque fue como procurador de la provincia, elegido por la III congregación provincial.

³¹ Al respecto, vid. Doris Moreno, “Obediencias negociadas...”. Sobre la obediencia en la Compañía de Jesús, vid. Julián J. Lozano Navarro, “Los jesuitas, paradigmas del orden, la obediencia y la dependencia”, *Historia Social*, 65, 2009, pp. 113-124 y Doris Moreno, “La aportación española al debate sobre la obediencia ciega en la Compañía de Jesús durante el Papado de Sixto V (1585-1590)”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 33, 2013, pp. 63-88.



Pedro López de la Parra, quien en 1601, después de mucho insistir, consiguió el permiso para regresar a Nueva España.³² Sin embargo, el navío en el que viajaba naufragó y el jesuita pereció en el mar. Lejos de considerarlo un accidente, el padre Chirino lo convirtió en un aviso a navegantes, nunca mejor dicho: “Fue su muerte uno de los casos exemplares, de muchos que se han visto, con que ha querido Nuestro Señor persuadirnos que se desirve de que los ministros suyos, que él trae a las Yndias para servirse dellos en la cultura desta viña, desmayen i buelvan atrás”.³³ Tremendas palabras que advertían de la única opción posible para los misioneros: cumplir con el voto de obediencia y trabajar *ad maiorem Dei gloriam*.

3.- Los indígenas, principal obstáculo para su propia evangelización

La tarea de evangelización que los jesuitas llevaron a cabo en Filipinas tuvo en los propios indígenas uno de sus mayores obstáculos. A diferencia de otros lugares, sobre todo en América, estas dificultades no se debieron a la belicosidad de los indios o a su rechazo a los misioneros y a los españoles (encomenderos, cobradores de tributos, soldados...). En el archipiélago filipino el problema principal que representaron los indígenas fue debido a su propio modo de vida, especialmente en la zona de las Bisayas, en la zona centro. El inconveniente más destacado era la dispersión de la población, que impedía la evangelización continua, pues los indios sólo acudían unos pocos días a oír la doctrina. El primero en llamar la atención sobre esta cuestión fue el padre visitador Diego García. En 1599 destacaba que la inexistencia de pueblos de cierto tamaño dificultaba la evangelización, por lo que hasta el momento la Compañía se había limitado a intentar la reducción a poblaciones estables de mayores proporciones: “Uno de los mayores inconvenientes que hay en estas partes para la conversión y para el fruto en los ya convertidos es el estar tan sembrados y derramados los indios que son

³² Diego García a Claudio Acquaviva, Manila, 4 de julio de 1599, ARSI, Philipp. 9, f. 358r; Raymundo de Prado a Claudio Acquaviva, Manila, 9 y 12 de julio de 1599, ARSI, Philipp. 9, ff. 369r y 379v-380r.

³³ Pedro Chirino, *Història de la Província de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581-1606*; prólogo de Miquel Batllori, transcripción de Jaume Górriz, Barcelona, Ed. Pòrtic, 2000, p. 321.



poquíssimas las poblaciones que hay de cantidad de casas sino una aquí y una acullá. An deseado los nuestros y procurádolo que se reduxesen a poblaciones...”.³⁴ Estas palabras fueron escritas menos de un mes después de su llegada a Manila, por lo que con total seguridad el visitador informaba de lo que otros misioneros le habrían transmitido al respecto. Sin embargo, un año después, al acabar la visita de la viceprovincia, el padre García volvió a abordar esta cuestión en su informe final dirigido al general Acquaviva, ahora ya con conocimiento de causa. La visión que ofreció entonces era exactamente la misma que ya había expresado anteriormente, por lo que volvía a insistir en la dispersión de la población indígena y en la incapacidad de los misioneros para poder juntarlos en poblaciones estables:

“El impedimento grandísimo para no hacer el fruto que se desea es el estar esta gente tan derramada que aunque hay iglesias y poblaciones (como en otra digo), pero en muchas partes están los vecinos que llaman de los pueblos tan esparcidos por los campos y sementeras que a veces distan las casas dos y tres leguas de la iglesia, y en lo que llaman pueblo no suele haber casi vecinos. Los domingos vienen los más a la iglesia a rezar la doctrina o a misa cuando los va a visitar el padre, pero es de gran desconsuelo verlos volver luego a los montes sin poderlos juntar un rato los días que asiste el padre al pueblo para enseñarles y catequizarlos; y también cuando enferman cuesta inmenso trabajo el ir a sus casas tan distantes a confesar o bautizar a los que están con necesidad”.³⁵

Pero los jesuitas no eran los únicos que se mostraban preocupados por la existencia de este hábitat disperso. Las autoridades coloniales eran conscientes del problema que esto representaba también para sus intereses, por lo que habían insistido ya en llevar a cabo la reducción a poblaciones de los indios. Sin embargo, algunos encomenderos no compartían esta posición, y se oponían a la concentración de los indígenas, por lo que los misioneros tenían que lidiar también con su oposición, lo que aumentaba la dificultad de la empresa. El mismo padre Diego García se hacía eco de esta circunstancia en la misma misiva a la que acabamos de referirnos:

³⁴ Diego García a Claudio Acquaviva, Manila, 10 de julio de 1599, ARSI, Philipp. 9, f. 373r.

³⁵ Diego García a Claudio Acquaviva, Manila, 8 de junio de 1600, ARSI, Philipp. 10, f. 9r.



“Cédula y mandato del Rey hay para que se junten en poblaciones, pero el demonio, que ve lo que ha de perder, resiste cuanto puede y los encomenderos, que habían de ayudar, muchos por sus intereses contradicen. [...] Los padres, por otra parte, van con suavidad haciendo capaces a los indios cuán mejor les estaba estar juntos y aunque con trabajo y contradicción harta de algunos encomenderos, han hecho en algunas partes poblaciones razonables y siempre al fin se va haciendo algo de nuevo, de modo que podemos esperar salir con lo que tanto se desea y tanto importa”.³⁶

Pero la oposición de los encomenderos no era la razón principal por la que no se conseguía concentrar a los indígenas en pueblos más grandes y establecer una red de asentamientos estables. En una carta dirigida al General en 1603, el padre Mateo Sánchez, misionero en Carigara, en la isla de Leyte, explicaba las que él consideraba como las causas principales por las que los nativos no podían ni querían ser concentrados en pueblos. En primer lugar, los indígenas tenían un modo de vida seminómada, y vivían de lo poco que cultivaban, pescaban y cazaban. En segundo lugar, en los pueblos no había nada que les atrajera, pues eran gente independiente y que se valía por sí misma. Además, allí sólo podían esperar encontrar violencia y cargas tributarias por parte de los españoles. Finalmente, los encomenderos eran otro problema, pues en vez de ayudar como era su obligación, sólo miraban por su interés personal:

“Esta tierra es de gente disipada y verdaderamente gente convulsa y dilacerada. No hay pueblos ni los puede a mi parecer aver por mucho quen ello se trabaje y quando los aia an de ser muy pequeños. La razón desto es porque ésta es gente que perpetuamente a menester vivir en el campo por ser todos labradores, pescadores, caçadores, y andar eternamente en busca de la comida. Tienen una manera de sembrar que por muy bien que les acuda la sementera nunca jamás tienen para salir de hambre ni para comer dos meses y para sustentarnos nosotros lo emos de andar como hurtando y sonsacando y en su tributar a de entrar el cobrador del tributo como con la espada desenvainada pidiendo arroz [...] y esta es la razón porque digo que no pueden jamás venir a poblaçón consistente porque no

³⁶ *Ibíd.*



tienen cosa chica ni grande que los atraiga al pueblo porque cada hombre de por sí es suficiente para sí y no a menester a nadie y tienen en el pueblo muchas cosas que los ahúienten. Las fuerças y violencias de españoles los azotes y palos los mandados las esquipaciones de todo lo qual están más libres quanto más apartados y derramados [...] Y así me persuado que nunca esta gente se podrá poblar por mucho que se trabaje, y ya hablo con alguna experiencia de casi diez años. El tercer impedimento son los encomenderos, que en realidad de verdad no hay quien mire por las cosas de Dios, sino todos por su interés y aprovechamiento [...]”.³⁷

En 1660, en una extensa carta redactada por el padre Juan Ignacio Alcina sobre el estado de las islas Bisayas, en las que llevaba más de treinta años misionando, exponía cuál era la realidad cotidiana del hábitat de los indígenas bisayas. En primer lugar, describía las casas en las que se alojaban los misioneros y las iglesias en las que oficiaban misa, hechas de palos y cañas, con techumbre de hojas de palmas o paja. Eran tan endeble y fáciles de derribar que cada año los huracanes las destrozaban, ya fuera destruyendo el techo o arrasándolas completamente. A continuación, describía el resto de un pueblo tipo, si es que podía llegar a considerarse como tal. Había pocas casas además de los dos edificios destinados al misionero, y las pocas que había eran ocupadas sólo cuando el padre estaba presente por estar en una de sus visitas evangelizadoras. Sin embargo, ni siquiera durante ese tiempo los indígenas estaban allí continuamente, sino que acudían sólo los domingos, excepto los niños y los viejos, que permanecían allí más tiempo para recibir una formación cristiana más continua:

“En los pueblos no ay comúnmente más que la casa del Padre e iglesia maior, o menor según su capacidad, y algunas casillas para quando vienen al pueblo los indios, que es sólo quando el Padre viene a ellos y esso no todos los días, sino sólo los domingos, exceptos los muchachos que aprenden aún la dotrina, que se procura vengán todos los días quando el Padre está, y los viejos y viejas, y enfermos tienen sus días, aunque todo cuesta grandíssimo trabajo, porque ellos están divididos en los montes, y

³⁷ Mateo Sánchez a Claudio Acquaviva, Carigara, 12 de abril de 1603, ARSI, Philipp. 10, ff. 104r-104v.



Ríos a su voluntad donde hacen sus sementeras, de que viven y se sustentan”.³⁸

Según el padre Alcina, las razones por las cuales los indios no permanecían más que lo mínimo en los pueblos eran diversas. En primer lugar, la distancia entre sus sementeras, donde vivían habitualmente, y el pueblo donde los misioneros pretendían reducirlos. Allí tenían su modo de subsistencia, y debían trasladar todo su sustento y los utensilios necesarios para procesarlo hasta el pueblo. Cuando se reunían con el padre, llevaban la comida justa para un día o dos, y en cuanto acababa la misa partían de vuelta a sus asentamientos dispersos, ya que el misionero no podía ofrecerles nada para su sustento, pues apenas si tenía para él mismo:

“Distan estas sementeras del Pueblo (que pocas son las que están cerca porque todos los bisayas huyen del pueblo) algunas dos leguas otras tres, quatro, cinco y seis leguas, de modo que han menester un día y a veces más, y si los tiempos y mares están malos, no es posible venir al pueblo; han de traer su comida, ollejas y platillos para comer que en el pueblo no ay más que ierva [...]. Comúnmente traen tam poca comida que si les queréis detener no se puede porque ni el padre tiene qué darles que comer, ni en el pueblo se halla con lo qual los más ni aun salen a sus casillas del Pueblo, sino que de la mesma embarcationsilla, salen a la iglesia hombres y mugeres, y de la iglesia se buelven a ellas de modo que acabada la missa el domingo, nadie queda en los Pueblos”.³⁹

De esta situación de dispersión y desorden del hábitat se derivaban numerosos inconvenientes que, según el padre Alcina, repercutían en el comportamiento de los indígenas, que no dejaban sus costumbres “bárbaras” que tanto se dedicaban a combatir los misioneros:

“De esta distancia y mala disposición de sus habitaciones se originan muchos males, que son la falta de policía y trato humano, en lo temporal y en lo espiritual, el vivir cada cual como quiera teniendo sus costumbres y antigallas tan vivas como al principio, las borracheras de los que alcanzan

³⁸ Francisco Ignacio Alcina a Juan Marín, desde Pintados, 24 de junio de 1660, ARSI, Philipp. 12, f. 1v.

³⁹ *Ibíd.*.



vino, de que son muy amigos, muy ordinarios los amancebamientos, fuerzas y estupros sin testigos; la fe y la cristiandad se la dejan en la iglesia...”⁴⁰

Así pues, era opinión bastante generalizada que la lentitud con la que los miembros de la Compañía de Jesús llevaban a cabo la evangelización de los indígenas filipinos no era por causas exógenas, tales como el clima, la orografía o la oposición de los encomenderos castellanos, sino que los propios indígenas eran el mayor impedimento.

4.- La naturaleza filipina como obstáculo

La naturaleza de las islas Filipinas también fue vista por los jesuitas como una dificultad añadida para llevar a cabo su tarea de evangelización. El clima extremo y la propia insularidad, con una orografía plagada de ríos de diverso caudal, obligaban a los misioneros a plantear una estrategia misional muy específica, especialmente en las islas Bisayas. Como ya hemos visto anteriormente, el sistema de organización de las misiones consistía en estar siempre en movimiento, lo que además de los problemas espirituales que acarrecaba a los misioneros conllevaba problemas logísticos. Ya en 1597 el viceprovincial Raymundo de Prado escribía al general Acquaviva para informarle de los problemas que tenía para realizar la visita anual a los territorios que tenía bajo su administración desde 1595. Pese a las dificultades, consideraba fundamental llevarla a cabo, aunque pedía una dispensa para no tener que realizarla cada año, que finalmente le fue concedida.⁴¹ Pocos días después, el padre Juan de Ribera advertía a Roma del mismo problema. Según él, el obstáculo principal para realizar las visitas era la necesidad de realizar muchos viajes por mares y ríos, que resultaban muy peligrosos debido a las propias condiciones del agua y a lo rudimentario de las embarcaciones:

“No sé si escribe el padre Viceprovincial a V.P. la dificultad grande que ay de visitar cada año esta viceprovincia por los peligros de las

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ Raymundo de Prado a Claudio Acquaviva, Manila, 26 de junio de 1597, ARSI, Philipp. 9, f. 316r.



navigaciones que apenas va hombre que no se ahogue o nade, o passe muchos trabajos y mas por las travesías que haze el Viceprovincial. Los navíos son pequeños so pena de que si fuesen grandes se harían pedaços entre islas y baxos y no podrían ir costeano ni tomar tierra, no tienen cubierta van un plamo del agua que en viniendo la ola rezia los moja [...]. Son las corrientes grandes que vuelcan muchas vezes el navichuelo y prosigue a fuerça de remos”.⁴²

Durante su visita a la viceprovincia en 1599-1600, el padre Diego García pudo comprobar en sus propias carnes los obstáculos a los que se habían referido los padres Prado y Ribera. Además del peligro de las navegaciones, el visitador hacía referencia a dos problemas: el clima del archipiélago filipino era muy duro, debido al calor y la humedad extremas, que llevaban asociada la presencia de animales que representaban un incordio y un peligro para la propia salud de los misioneros. Por otro lado, la alternativa a las navegaciones era obviamente andar por tierra, pero esta opción no era mucho más cómoda ni segura. Los caminos eran tan poco practicables que no se podían transitar a caballo, por lo que había que cubrir las considerables distancias entre la población dispersa a pie, tarea que en absoluto resultaba fácil:

“El temple desta tierra es en demasía caliente y congoxoso ay muchos mosquitos y savandijas ponçoñosas, culebras tan grandes como muy gruesas bigas, bívoras que aunque pequeñas son tan ponsoñozas que pocos de los que pican escapan, gran suma de cocodrilos que acá llaman caymanes o buayas que comen mucha gente en algunas doctrinas. Es todo navegar con peligros ordenarios en los que se anda por tierra es siempre a pie porque hasta agora no ay cavalgaduras en las yslas de Pintados y aunque las uviera son tan ásperos en parte los caminos que no es posible andarse a cavallo porque es menester yr trepando y en donde son llanos son tantos los lodos en especial en tiempo de aguas que es lo más del año, que atollarían los cavallos sin poder andar y a los nuestros les es forzoso caminar descalços”.⁴³

⁴² Juan de Ribera a Claudio Acquaviva, Manila, 10 de julio de 1597, ARSI, Philipp. 9, f. 329r.

⁴³ Diego García a Claudio Acquaviva, Manila, 8 de junio de 1600, ARSI, Philipp. 10, ff. 8v-9r.



25 → Pese a estas opiniones que nos trasladan una imagen de una dureza extrema, lo cierto es que también hubo alguna opinión contraria. El padre Pedro Chirino alabó las condiciones naturales del archipiélago en su Relación de las islas Filipinas de 1604 y en su inédita *Historia*, aunque podríamos argumentar que no era más que propaganda.⁴⁴ Sin embargo, lo cierto es que en 1601, casi al mismo tiempo que el visitador Diego García expresaba sus opiniones negativas, el padre Juan de Ontiñena hacía una defensa encendida y apasionada del clima de las diferentes islas que conformaban el archipiélago, y en vez de considerar la estancia en Filipinas como un suplicio o una dura prueba, se sentía afortunado y consideraba un privilegio el poder misionar allí:

“Las misiones se hazen a pie y otras navegando y las hislas todas son como un vergel texidas de arboledas de manera que ni da pena el sol ni el frío porque es la tierra templada y casi siempre es verano y los días son yguales a las noches que cierto a V.P. que si los Padres que están por allá vieran las grandezas y tesoros que ay por acá de tantas almas como cada año se convierten a dios por medio de los religiosos que por acá algunos son franciscos, dominicos y agustinos y los de la Compañía yo entiendo que con lágrimas pedirían el pasar a estas partes... [...] este es el cabo del mundo adonde ay concurso de la Yndia, Xapón, Perú, Nueva España y la Gran China, y otras partes que acuden a estas partes con sus mercaderías y así abunda esta tierra de bastimento, sedas y otras muchas cosas”.⁴⁵

Ya en el siglo XVIII, el padre Pedro Murillo Velarde incidió en su crónica sobre los peligros que la naturaleza filipina representaba para los misioneros. Para él, uno de los grandes obstáculos que los misioneros debían afrontar para llevar a cabo su labor era la insularidad, que obligaba a los jesuitas a navegar continuamente. Esto llevaba aparejados numerosos peligros, muchos de los cuales se experimentaban también en tierra, pero que en el mar se agravaban. Además de éstos, existían peligros e incomodidades propios de la navegación. Actividades que en tierra eran momentos de descanso y regalo, tales como dormir, comer o pasear, en una

⁴⁴ Pedro Chirino, *Relación de las Islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los Padres de la Compañía de Jesús*, Roma, Esteban Paulino, 1604 (reeditada en Manila, Imprenta de D. Esteban Balbás, 1890).

⁴⁵ Juan de Ontiñena a Claudio Acquaviva, Ibabao, 2 de mayo de 1601, ARSI, Philipp. 10, ff. 47r-47v.



embarcación se convertían en auténticos calvarios. Tanto era así, que el cronista calificaba los barcos como cárceles o ataúdes anchos. Además, consideraba que todos los elementos naturales –agua, aire, fuego, tierra– eran enemigos del navegante, pues cada uno representaba un peligro diferente. A todo esto había que añadir el propio clima del archipiélago, donde se producían a menudo huracanes, violentas tormentas e incluso terremotos:

“Quantos peligros, incomodidades, y trabajos se experimenten en tierra, se experimentan en el mar con un género de circunstancia, que a todos los agrava. Además de esto ay allí los trabajos propios, y peculiares de aquel elemento. Y aun lo que en tierra se toma por comodidad, y alivio cuesta allí incomodidad, y trabajo, como el dormir, el comer, el pasear. Es qualquiera embarcación una Cárcel sin grillos: pero más cerrada, que la más estrecha Cárcel. Es un ataúd ancho, en que los vivos padecen incomodidades de muerte. Qualquiera que pone el pie en una embarcación haze rostro firme à todos los elementos, que conspiran armados à destruirlo, y asustarlo. El agua, sobre que camina, el ayre, con que navega, el fuego, con que vive, y la tierra, que con tanta ansia busca, son declarados enemigos del navegante. Es el mar por antonomasia el teatro de los peligros, y ninguno, que no aya rodado sobre sus espumas puede hablar con fundamento de sus riesgos, como el ciego no puede disputar de los colores. [...] Con que estando casi todas las Misiones de esta Provincia fundadas sobre los mares, en que andan en continuo movimiento nuestros Misioneros, son las mas, ò de las mas dificiles, trabajosas, y arriesgadas, que ày en la redondèz de la tierra [...] A todo esto se añade la calidad del Pays, donde son frequentes los temblores, baguios, vracanes, truenos, rayos, y tempestades. Destemplados, y malignos los vientos, calurosa la estacion, el tiempo de aguas triste, obscuro, y porfiado, el suelo húmedo con muchas sabandijas importunas, y molestas [...] Los mares son bravos, y tan inquietos, que el continuo azotar de las olas en las playas, peñascos, y arrecifes haze vn murmullo, que asusta, aun à los que estan en tierra. Ay en aquella Costa puntas tan difíciles de montar, que à vezes tardan las Caracoas veinte, ò treinta dias en andar, lo que en tiempo favorable es cosa de media hora”.⁴⁶

⁴⁶ Pedro Murillo Velarde, *Historia...*, nn. 385-386.



* * *

Tal y como hemos podido comprobar, los miembros de la Compañía en Filipinas generaron un número considerable de documentación en la que relataron las dificultades que debían afrontar en el proceso de evangelización de los indígenas filipinos. Pese a que a lo largo de los casi dos siglos de permanencia de la Compañía en el archipiélago hubo unos 1.000 miembros del Instituto, las quejas sobre la escasez de efectivos fue permanente.⁴⁷ No obstante, pese a esta supuesta cortedad de números, siempre se prefirió la calidad a la cantidad. Los rigores de las misiones filipinas eran destacados continuamente, y no todo el mundo estaba preparado para hacerles frente, por lo que era preferible pocos sujetos, pero de férrea vocación misionera. En este sentido, los jesuitas no sólo tuvieron que hacer frente a la soledad o a una naturaleza indómita, sino que los propios indígenas, pese a no ser en general belicosos, plantearon grandes dificultades en su evangelización, principalmente debido a su hábitat disperso y sus costumbres sociales. Tanto fue así, que algunos de los misioneros los culparon directamente de ser los culpables de su falta de evangelización.

Bibliografía

Andrade, Alonso de (1667). *Varones Ilustres en Santidad, Letras y Zelo de las almas de la Compañía de Jesús*. Madrid: Taller de José Fernández Buendía, Vol. VI.

Chirino, Pedro (1604). *Relación de las Islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los Padres de la Compañía de Jesús*, Roma, Esteban Paulino.

- (2000). *Història de la Província de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581-1606*; prólogo de Miquel Batllori, transcripción de Jaume Górriz. Barcelona: Ed. Pòrtic.

Coello de la Rosa, Alexandre (2010). Colonialismo y santidad en las islas Marianas: los soldados de Gedeón (1676-1696). *Hispania*, LXX/234, 17-44.

- (2011) Colonialismo y santidad en las islas Marianas: la sangre de los mártires (1668-1676). *Hispania Sacra*, 62/128, 2011, 707-745.

⁴⁷ El recuento cuantitativo de los miembros de la Compañía de Jesús en Filipinas lo he aportado yo mismo en mi tesis doctoral: Eduardo Descalzo Yuste, *La Compañía de Jesús en Filipinas (1581-1768): realidad y representación*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, noviembre 2015, pp. 323-329 y Anexo G – *Lista de Padres y hermanos de la Provincia de Filipinas*, pp. 646-779 (<http://www.tdx.cat/handle/10803/323096>).



Descalzo Yuste, Eduardo (2015). *La Compañía de Jesús en Filipinas (1581-1768): realidad y representación*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, Departamento de Historia Moderna y Contemporánea (<http://www.tdx.cat/handle/10803/323096>).

Gutiérrez, Lucio (1992). *Historia de la Iglesia en Filipinas (1565-1900)*. Madrid: Mapfre.

Lozano Navarro, Julián J. (2009). Los jesuitas, paradigmas del orden, la obediencia y la dependencia. *Historia Social*, 65, 113-124.

Moreno, Doris (2013). La aportación española al debate sobre la obediencia ciega en la Compañía de Jesús durante el Papado de Sixto V (1585-1590). *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 33, 63-88.

- (2014). Obediencias negociadas y desobediencias silenciadas en la Compañía de Jesús en España, ss. XVI-XVII. *Hispania*, 74/248, 661-686.

Murillo Velarde, Pedro (1749). *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús. Segunda Parte, 1616-1716*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús, Nicolás de la Cruz Bagay.

